



# Retrato espiritual de la filosofía plotiniana. Una mirada desde el pensamiento de Pierre Hadot

*Spiritual portrait of Plotinian philosophy. A look from the thought of Pierre Hadot*

**Isabella Fabrizia Pang González**

Universidad de la Habana, La Habana, Cuba

✉ isabellapang21@gmail.com

Fecha de recepción del manuscrito: 22/09/2023

Fecha de aceptación del manuscrito: 28/11/2023

Fecha de publicación: 19/01/2024

**Resumen** — La filosofía en la Antigüedad era considerada como forma de vida a través de la práctica de ciertos ejercicios espirituales que permitían conciliar discurso filosófico y praxis filosófica. Pierre Hadot, estudioso de la filosofía helenística procura develar en sus investigaciones el concepto de ejercicio espiritual, y evidencia cómo era acogida la filosofía en esta etapa; donde el filósofo era un director de conciencias que generaba en sus discípulos una conversión interna. Hadot expone en su libro, Plotino o la simplicidad de la mirada, los rasgos esenciales de la filosofía plotiniana y resalta la aptitud del filósofo como sujeto activo que ejecuta la contemplación de sí mismo y su entorno, en pos de redirigir el alma hacia el principio supremo o Uno. La filosofía plotiniana se halla impregnada de praxis filosófica. En Plotino no hay ruptura entre el hombre y filósofo; hombre que se halla arrojado a la vida y filósofo que permanece en la contemplación interna. En la figura de Plotino se conjugan ambos, y con maestría irresoluta logra captar todo el proceso del alma que trasciende y se eleva hacia el principio último, Uno o Bien. Pierre Hadot nos advierte que, a medida que Plotino, ejerce una conversión interna, donde su mirada gira hacia el Uno, ocurre en la misma proporción una metamorfosis de la mirada externa; perpetuando una transformación en el quehacer, en la praxis del individuo que protagoniza dicho proceso.

**Palabras clave** — Plotino, Ejercicios Espirituales, Contemplación.

**Abstract** — Philosophy in Antiquity was considered as a way of life through the practice of certain spiritual exercises that allowed to reconcile philosophical discourse and philosophical praxis. Pierre Hadot, a scholar of Hellenistic philosophy, seeks to unveil in his research the concept of spiritual exercise, and shows how philosophy was received at this stage; where the philosopher was a director of consciences that generated in his disciples an inner conversion. Hadot exposes in his book, Plotinus or the simplicity of the look, the essential features of the Plotinian philosophy and highlights the aptitude of the philosopher as an active subject that executes the contemplation of himself and his environment, in order to redirect the soul towards the supreme principle or One. Plotinian philosophy is impregnated with philosophical praxis. In Plotinus there is no rupture between man and philosopher; man who is thrown into life and philosopher who remains in inner contemplation. In the figure of Plotinus both are conjugated, and with irresolute mastery he succeeds in capturing the whole process of the soul that transcends and rises towards the ultimate principle, One or Good. Pierre Hadot warns us that, as Plotinus exercises an internal conversion, where his gaze turns towards the One, a metamorphosis of the external gaze occurs in the same proportion; perpetuating a transformation in the work, in the praxis of the individual who is the protagonist of this process.

**Keywords** — Plotino, Ejercicios Espirituales, Contemplación

**Para Citar:** Pang González, I. F. (2024). Retrato espiritual de la filosofía plotiniana: Una mirada desde el pensamiento de Pierre Hadot. *Dialektika: Revista De Investigación Filosófica Y Teoría Social*, 6(16), 205–217. <https://doi.org/10.51528/dk.vol6.id144>



## INTRODUCCIÓN

**A** Pierre Hadot (1922-2010), no se le ubica, tendencialmente, en la línea de los filósofos de lectura obligatoria para la filosofía. Incluso, sobre el tema en que Hadot se especializa, filosofía antigua y neoplatonismo, se pueden mencionar textos que ahondan con mejor claridad los sistemas filosóficos que caracterizan esta etapa de la filosofía. Hadot no es un historiador de la filosofía antigua, en el sentido de mero expositor de la historia del pensamiento filosófico. Hadot se preocupa en acercar al filósofo y al hombre, en conciliar miradas internas y externas, en hacernos conscientes que la praxis filosófica de tiempo pasados no es la misma que se genera en nuestra contemporaneidad. Es por ello que, al estudiar un momento de la historia de la filosofía, resulta indispensable empaparnos de toda la práctica filosófica que es inherente a una época determinada para poder no solo entender la teoría, sino, en la medida de lo posible, experimentarla.

Un acercamiento a la filosofía plotiniana, desde el pensamiento hadotiano, trae como consecuencia que no solo se pueda abordar a Plotino por su filosofía como objeto de reflexión y conocimiento. Desde el prisma hadotiano, no se trata de una biografía intelectual, sino de un acercamiento a su espiritualidad y un esbozo a la mística que toda su figura contiene. Si se quiere hacer un examen de Plotino en este sentido, un retrato espiritual, es en “Plotino o la simplicidad de la mirada”, donde se expone con cautelosa sagacidad las sutilezas de las “Enéadas”.

### Breve acercamiento al contexto histórico y filosófico de Plotino

“La filosofía aparece ahora como un recurso soteriológico y se carga, por ende, de un profundo contenido religioso. Pero, por un lado y al mismo tiempo, la tendencia a buscar los elementos comunes a las distintas escuelas fomentaba la tendencia también a una síntesis, a un sincretismo entre los diversos contenidos ideológicos de las escuelas”.

José Alsina Clota

Desde el primer hasta el tercer siglo de nuestra era, resulta ser un período histórico trémulo para el Imperio Romano de Occidente; las sucesivas invasiones por parte de los bárbaros, las vertiginosas sucesiones al trono a causa de los asesinatos que se producían, en el interior del Imperio, como sucesos de la más natural índole y la mortal peste que dejó tras de sí un hueco poblacional que sería remplazado por individuos de diferentes orígenes; caracterizó esta etapa.

A raíz de estos sucesos se nuclearon alrededor del Imperio tendencias filosófico-religiosas de las más diversas posturas y procedencias: el Oriente aporta la magia y el misticismo; los egipcios el culto a Isis y Osiris; los persas el culto de Mitra; los dioses decadentes del panteón greco-romano; el gnosticismo; el hermetismo; el neopitagorismo y el naciente cristianismo. Ellas producen un sincretismo entre todas las deidades coexistentes.

Durante el período religioso y, último, de la filosofía helenístico-romana, adviene una crisis de sentido. Ella se debe, al azoro que el hombre experimenta al concientizar su finitud y contingencia



en la inmensidad del cosmos, un sentimiento abrumador le invade al percatarse de la soledad en la que se encuentra arrojado. Está desligado de la naturaleza que le rodea. Las certezas que una vez satisficieron, los dioses, se tornan ilusorias; el mundo es teatralidad, todo es ficticio. La vida terrenal es vituperada y se tiende constantemente a sobrepasar cualquier síntoma de materialidad y carnalidad. El camino trazado se impregna de espiritualidad. ¡Eleva el Alma! tal es el deseo de época, la necesidad de trascendencia, más allá de los ropajes que el cuerpo impone.

La filosofía no se halla ajena a la sostenida amenaza que invade el sentir de la época, la letanía que perdura durante la tardía Antigüedad, la urgencia de salvación, es extrapolada a las preocupaciones que coexistían entre las escuelas filosóficas. Estoicos, platónicos, aristotélicos, en frente común con el escepticismo, hacen a un lado sus diferencias y harán prevalecer las semejanzas, agrupándose de tal modo que tomarán las tesis filosóficas de una y de otra escuela, produciendo una especie de eclecticismo filosófico.

Durante el tercer siglo de la era cristiana sucede la síntesis final del pensamiento antiguo, la última corriente filosófica pagana, el puente entre Antigüedad y Edad Media: el neoplatonismo. El neoplatonismo procura reconciliar las doctrinas filosóficas de la Antigüedad principalmente las de Platón y Aristóteles; aunque se inclina al primero de ellos para encabezar sus fundamentos filosóficos. En pos de la trascendencia para dar cabida a la salvación, el Alma debe superarse a ella misma y retornar a su procedencia, a su estado primigenio. El Timeo será gala de análisis a las sucesivas meditaciones filosóficas alrededor de la presencia de un Dios creador inefable y un Demiurgo que serán principio de posibilidad para la posterior jerarquización de la realidad, donde mediarán la materia, el Alma, la Inteligencia, el Espíritu, Dios.

En Plotino el neoplatonismo tendrá a su máximo representante. Es él un exegeta de Platón, aunque en la exposición de su filosofía coexiste toda la influencia del pensamiento Oriental a la que estuvo sometido:

“Plotino declara que sus tres hipóstasis divinas –lo Uno, la Inteligencia y el Alma – no solo vienen de su maestro Platón, sino también de Anaxágoras, Parménides, Heráclito, Empédocles; y a cada paso insiste en que él no dice nada nuevo, nada que no hayan dicho ya los antiguos, aunque él se detiene ahora a explicarlo” (Reyes, 1959, p. 243).

## Plotino

“El hombre moderno todavía está más dividido en su interior que el hombre plotiniano. Sin embargo, puede escuchar la llamada de Plotino. No para repetir de manera servil, en pleno siglo XX, el itinerario espiritual que describen las Enéadas. Tal cosa sería imposible o ilusoria. Pero sí para aceptar, con el mismo coraje que Plotino, todas las dimensiones de la experiencia humana y todo lo que esta comporta de misterioso, inefable y trascendente”.

Pierre Hadot

Somos cegados vertiginosamente, nuestra ceguera es proporcional a la prontitud que experimentamos al vivir. El despertar será en la medida que los sujetos no sean extrañados por sujetos u objetos, cuando no diremos más: ¡Naturaleza!, como si esta no nos abarcara. Cuando

seamos Uno entre la multiplicidad, cuando nos encontremos en armonía con nuestro entorno, cuando no estemos fuera del conjunto, cuando reconciliemos teoría y praxis, discurso filosófico y modo de vida.

La filosofía no nace en el seno de alguna academia, su entorno natural no se halla entre paredes, para ser impartida. Ella necesita de sujetos filósofos que tiendan a la sabiduría sin jamás alcanzarla, es para ser experimentada, aprehendida, sentida y no totalmente teorizada. El discurso filosófico adopta la forma de vida. Es la constante actividad intelectual del sujeto que se piensa a sí mismo y convive en el entorno, no fuera de este. La ruptura entre discurso filosófico y modo de vida es propiciada cuando no pertenecemos a nosotros mismos.

Ser filósofo en el ocaso de lo que denominamos Antigüedad no presenta el mismo significado que le otorgamos en nuestros días, el corte de los textos que eran generados en aquel período no es como recibimos un texto filosófico en nuestra contemporaneidad y la manera de hacer filosofía no quedaba relegada en el plano teórico, sino que era acogida de forma práctica. El intento de dualizar a la filosofía, entre discurso filosófico y modo de vida, corresponderá en hacernos cómplices de su desmembramiento. Abarcarla desde el conjunto, y ejercerla como tal, en la síntesis entre teoría y praxis, supondrá la validación entre acto y pensamiento.

En este sentido, Hadot aclara de la herramienta que se sirve el filósofo antiguo para generar conciencia: los ejercicios espirituales. “De hecho, estos ejercicios corresponden a un cambio de visión del mundo y a una metamorfosis de la personalidad” (Hadot, 2006, p. 24). En ellos se encuentra el germen del quehacer del filósofo antiguo, generar en sus oyentes una resonancia interior mediante la práctica de tales ejercicios. Los ejercicios espirituales a los que hace referencia Hadot, no incumben solamente al plano religioso:

“La palabra espiritual permite comprender con mayor facilidad que unos ejercicios como estos son producto no solo del pensamiento, sino de una totalidad psíquica del individuo que, en especial, revela el auténtico alcance de tales prácticas: gracias a ellas el individuo accede al círculo del espíritu objetivo, lo que significa volver a situarse en la perspectiva del todo: “Eternizarnos al tiempo que nos dejó atrás...” (Hadot, 2006, p. 24).

Los ejercicios espirituales, son una visión y praxis totalizadora de la realidad donde el interior del sujeto se dispersa en el exterior, cuando los contornos resultan diseminados. Una vez aclarados algunos conceptos que figuran en la obra de Pierre Hadot, como el de ejercicios espirituales, discurso filosófico y modo de vida; podemos adentrarnos en el análisis del texto Plotino o la simplicidad de la mirada.

Plotino posee un biógrafo por excelencia, Porfirio, es él su discípulo encargado además, de transcribirle los tratados que, a medida que su endeble vista le permitía, de reunirlos bajo el nombre de “Enéadas”. Plotino se halla bajo la firma de Porfirio. Las anécdotas que nos llegan de este son las recogidas por su alumno; sus tratados, son pasados por la tinta de Porfirio. Por ello no se sabe con certeza cuanto de Porfirio hay en las Enéadas. Esto no debe ser objeto de grandes preocupaciones, porque como nos refiere Hadot, lo más importante que contienen los cincuenta y cuatro tratados de su obra es la danza de la lectura en su conjunto y lo que en ellos aparece implícito.



Plotino es un hombre contenido en la figura de un cuerpo enfermizo. Practicante, como era común en su época, de una especie de ascetismo y vegetarianismo heredado de los pitagóricos. Su cuerpo, generador de dolores que sus múltiples enfermedades le pudieron haber perpetrado, representaba solo uno de tantos ropajes con que nos reviste la Naturaleza.

Plotino se presenta como un enigma, no gusta de retratos ni de develar su pasado antes de su llegada a Roma. Aun así, en su vida sobresale un nombre: Amonio. Este último es un neoplatónico, exegeta de los textos platónicos; y es el único maestro que capta la atención de Plotino, luego de una larga búsqueda de tutores que lo adentraran a la filosofía. “Desde el día de su encuentro con Amonio, Plotino se quedó permanentemente a su lado, y adquirió tal capacidad en el terreno de la filosofía que deseó vivamente experimentar la filosofía que se practicaba entre los persas y la que florecía entre los hindúes” (Hadot, 2006, p. 131). Durante los once años que recibe las enseñanzas de Amonio, Plotino, emprende un viaje junto a la comitiva del emperador Gordiano cuando decide invadir Persia. Luego de una serie de nefastos sucesos que acontecieron durante la invasión, tuvo que huir a Antioquía y posteriormente, a sus cuarenta años, emigra a Roma.

Es en Roma donde Plotino se consagra como filósofo, pero no el filósofo entendido como creador de conocimiento, sino como el director de consciencia que abraza a la filosofía desde la sabiduría, a la manera en que el cristianismo se hizo con la religión. La filosofía como estilo de vida que no se dedica, exclusivamente, a la realización de ejercicios intelectuales, sino como forma de maestro espiritual que se encamina hacia la sabiduría. Sus clases no presentaban alguna metodología previa, sino que la forma de impartirlas dependía de temas propuestos por sus propios alumnos o partiendo del análisis de los textos de Platón, Aristóteles y otros filósofos.

Plotino es el tipo de maestro que no establece con sus discípulos brechas jerárquicas dirigidas a mantener cierta hegemonía sobre ellos. Es allegado y preocupado por sus alumnos. Acoge bajo tutela niños a los que tiene indicado su crianza para la enseñanza de la filosofía, siendo evidente su constante protección para los mejores intereses de estos.

Es accesible a otros, rompiendo la imagen del filósofo huraño y solitario que despotricaba de permanecer en un cuerpo. La relación plotiniana que se establece entre el Alma y el cuerpo, no es en el sentido de náusea y rechazo absoluto; consiste en la toma de distancia de los males que emanan del cuerpo y la parte inferior del Alma, próxima a la animalidad del humano que contiene las pasiones, angustias, deseos, satisfacciones, como algo que acontece, pero no domina.

Plotino permanece en estado de contemplación continua, solo cesa de hacerlo durante el sueño. Se mantiene en esta actividad para que su Alma esté lista para el advenimiento de la Presencia divina. La práctica del estado contemplativo, trae consigo que la tendencia a separar y dualizar sea ejercida en el menor grado posible.

En el ocaso de su vida, “...se hace para sí el retrato del sabio ideal” (Hadot, 2006, p. 172). Nos comenta Hadot que, se torna hacia temas morales y medita sobre el mal, la Providencia y la actitud de asumir la muerte y como ella no representa un mal. La disertación sobre la muerte proviene a partir del acercamiento con lo Divino, donde el yo espiritual en modo de recogimiento asciende hacia lo Uno o Bien, génesis de todas las cosas.

## La simplicidad de la mirada

¿Cómo se vuelven todas las cosas hacia su centro, que es el Bien? Las cosas inanimadas se vuelven hacia el Alma, y el Alma se vuelve hacia el Bien pasando por el Espíritu. Incluso las cosas inanimadas poseen algo del Bien, pues cada cosa es, de alguna manera, una unidad y un ser, y participa de esta forma específica.

### Plotino

Hadot, en el segundo capítulo del libro, Niveles del yo, nos advierte el disentir de Plotino con respecto a la respuesta gnóstica a las preguntas: “¿Quiénes somos? ¿En qué nos hemos convertido? ¿Dónde estamos? ¿Dónde hemos sido arrojados? ¿A dónde vamos? ¿De dónde nos viene la liberación?” (Hadot, 2006, p. 31).

Los gnósticos proponen la supresión del mundo sensible para que el Alma retorne al Pléroma, al mundo espiritual. El Alma fue exiliada de su mundo originario debido a la lucha entre Potencias antagónicas. Su retorno se producirá, según los gnósticos, mediante la eliminación del mundo sensible, del mundo de la Potencia malvada, que nos mantiene prisionera en las celdas del cuerpo y la materialidad. Para Plotino no se debe esperar a morir, a que el cuerpo desaparezca, para elevar al Alma a su estado originario. El yo más profundo, el último nivel, de esencia espiritual, nunca dejó de ser lo que siempre fue: divino; solo hay que adentrarse a él, no a través de la muerte, no es en la espera de salvación; sino que, en vida, uno mismo, puede alcanzar este estado de éxtasis donde se logra despertar lo divino que reside en nuestro interior mediante el recogimiento. No hemos dejado a Dios, no fuimos secuestrados por la Potencia malvada. Cargamos a Dios, pero de esto no somos conscientes, solo a través de determinadas experiencias podemos llegar a él a través de nosotros mismos, en un despertar de lo inconsciente.

Anábasis de la materia a Dios y, en sentido opuesto, catábasis. Cada grado de la realidad se halla interrelacionado con el grado que le antecede conformando una especie de consecuencia que da lugar al resultado último, la materia. Del Principio divino, lo Uno, Dios, surge el Intelecto o Espíritu en él se hallan las ideas, el mundo inteligible, que le permite al Alma conocer el mundo de las Formas por la cual se rige, guía y es el Alma quien anima al cuerpo, le proporciona la vida. En la dualidad del Alma, en su flexibilidad puede ser arena y dioses; conoce la materia y, en el mismo modo, se eleva a lo divino, en ella coexisten el nivel espiritual y el material.

“Que tal debía ser la naturaleza del alma y que lo distinto de esa naturaleza no puede ser alma, ya que el alma no es ni puramente indivisible ni puramente divisible, sino que necesariamente es ambas cosas al modo dicho, resulta claro por lo siguiente. Efectivamente, si estuviera en posesión de partes distintas como lo están los cuerpos, entonces, al ser afectada una parte, la otra no llegaría a tener consciencia de la parte afectada, sino que la que percibiría la afección sería aquella alma que está, por ejemplo, en el dedo, como quien es distinta y existe en sí misma” (Plotino, Enéadas 3-4, p.289).

Para que nuestra Alma logre abrir las puertas hacia su desarrollo pleno, y adquiera todas sus potencialidades, se requiere de la práctica de los ejercicios espirituales. Ello implica el tránsito de lo consciente a lo inconsciente, para que nos pertenezca; de otra forma, si no logramos este despertar seguiremos actuando bajo el yugo del tiempo, bajo las preocupaciones que adicionamos





en la cotidianidad, bajo el escenario fenoménico de las apariencias. Prestar atención a nuestro interior, concientizar los niveles superiores que habitan en nuestro ser y, en la medida que lo hagamos, adentrarnos en ellos.

Plotino compara la consciencia con un espejo que debe ser pulido para que logre reflejar todo lo que en ella permanece. El símil del espejo implica una actitud de reposo y quietud que permite armonizar nuestro interior con el exterior, nuestro cuerpo con nuestra Alma, para poder develar todas sutilezas que hemos ignorado durante tanto tiempo. Nos indica Hadot que una vez concientizado lo inconsciente hemos de trascender esta consciencia a través de la contemplación, donde se dispersa nuestra identidad y somos uno con lo observado:

“Toda la paradoja del yo humano se encuentra aquí: solo somos aquello de lo que tenemos consciencia y, sin embargo, tenemos consciencia de haber sido más nosotros mismos en los precisos momentos en los que, elevándonos a un nivel más alto de simplicidad interior, hemos perdido la consciencia de nosotros mismos” (Hadot, 2006, p. 44).

El tránsito del estado consciente al inconsciente no presenta la misma significación que cuando recobramos consciencia de nosotros mismos a favor de la mejora de nuestro ser. Este estado de inconsciencia se presenta como pureza en la que nuestra Alma asciende hacia un nivel superior del yo, en la que permanece en la unidad con el Espíritu o Intelecto. El Alma vuelve a recobrar su estado consciente, no es capaz de permanecer permanentemente en este júbilo que experimenta. Una vez retomada la consciencia no se es igual, al haber experimentado la Unidad, aunque no se tenga consciencia de ello, ocurre en el interior un renacer en el que se presiente una mayor proximidad con Dios.

Los niveles del yo que radican en nuestro interior son el resultado de la vida espiritual en la que somos partícipes, no estamos exentos de ella; pero sí constituye nuestro compromiso percatarnos de lo divino que reside en nuestro interior. La relación entre el mundo espiritual interno y el mundo sensible no lo concibe Plotino como apartados, como predicaban los gnósticos; Plotino no antecede uno sobre el otro, pues ha quedado demostrado por el filósofo que la riqueza espiritual que hallamos en nuestro ser se aprecia también en el exterior solo para aquel que en su mirada se haya producido una conversión.

“Puesto, pues, que no eran dos cosas, sino que el vidente mismo era una sola cosa con lo visto - diríase no «visto», sino «aunado»-, si el vidente lograra recordar en quién se transformó durante su consorcio con aquél, obtendría un retrato mental de aquél. Ahora bien, él mismo era una sola cosa sin tener en sí diversidad alguna ni con respecto a sí mismo ni con respecto a otras cosas, porque ningún movimiento había en él: ninguna cólera, ninguna apetencia de otra cosa se hacía presente en él, una vez subido arriba; ni siquiera un razonamiento ni un pensamiento” (Plotino, Enéadas 5-6, p.554).

Percatarse del mundo espiritual implícito en el mundo sensible corresponde a no ver los objetos sino observar las formas que ellos contienen. No se hará uso de la vista para ver, sino que será a través del Espíritu que en nuestro interior radica. Haciendo uso de este método no será fragmentado el exterior y no nos disociaremos entre las multiplicidades que en él residen. De esta forma sería posible saber que una hoja, cuando cae al suelo, contiene toda la esencia de la tierra y la historia de sus raíces.

Para Plotino no existe Demiurgo, no puede haber intermediarios entre las hipóstasis, Uno-Intelecto-Alma. El mundo sensible constituye la ventana hacia el mundo de las Formas. El mundo de las Formas no necesita razón de ser para que exista; son como son y no son porque deberían ser de algún modo, ellas son causa y fin de sí mismas.

Hay presencia de Vida en el mundo de las Formas, esta Vida es la responsable que exista un flujo y armonía entre todas las Formas. Ella no se propone su superación para elevarse a sí misma, sino que se reinventa en sí misma, constituye un círculo completo en constante cambio, pues si sería inamovible representaría la ausencia de Vida, indicio de vacío. Esta representa una de las diferencias entre Platón y Plotino respecto al mundo de las Formas. En el segundo las formas no se encuentran ahí como agentes abstractos y rígidos, cada forma es principio de Vida que se halla en el mundo sensible.

Hadot indica que para alcanzar la simplicidad de la Vida, que nos adentrará a nuestro nivel del yo con mayor pureza, es necesario contemplar en vez de reflexionar. Solo a través de la contemplación se podrá permanecer en la totalidad. Ello no significa que se elimine el razonamiento, sino que razonamos desde la contemplamos.

La contemplación, en la filosofía plotiniana, constituye un principio rector. Es a través de la contemplación que se logra percibir el mundo sensible como un conglomerado armónico en que radica una belleza creadora inmediata; pues, solo contemplando se toma consciencia del mundo de las formas, y del entramado de conexiones que existen en la Naturaleza:

“Las Formas se contemplan a sí mismas. En ellas, el arte inmediato de descubrirnos en la naturaleza es llevado a su perfección ideal: las Formas se forman contemplándose y se contemplan al posar. Son al mismo tiempo, modelo y resultado de sí mismas, en un único acto espiritual.” (Hadot, 2006, p. 65)

La contemplación es el vehículo del que se sirve el Alma para alcanzar el Pensamiento divino. Es en el Pensamiento divino donde se alberga el mundo de las Forma. A partir de este momento se distinguen realidades internas y externas, se es Uno en sí mismo. Una vez extinguidos los límites y contornos, seremos pensantes y pensamientos:

“Que lo originado es el objeto de mi contemplación, mientras yo guardo silencio, y un objeto de contemplación originado por naturaleza, y que, como yo he nacido de una contemplación así, me corresponde tener una naturaleza aficionada a contemplar.” (Plotino, Enéadas 3-4, p.242).

En contra de los gnósticos, Plotino demuestra que en el mundo sensible también hallamos al Espíritu, que la Naturaleza es Espíritu. Solo se necesita contemplar para percatarnos que Dios reside en todos los seres, en la Naturaleza y en uno mismo. Se concilian los contrarios, todo tiende a la vida espiritual. Plotino quiere disipar la individualidad, pretende unirse a la vida universal. Es en esta vida la forma indeterminada en la que participan todos los seres, como movimiento constante en el que estamos sometidos, cambio y flujo donde nada nace ni muere. A través de la contemplación se produce una experiencia mística que nos eleva hacia el Intelecto donde danzan las Formas.

En el seno del Intelecto o Pensamiento divino, que contiene el mundo de las Formas, que engloba a cada una de ellas, encontramos multiplicidad. Aun la separación entre sujeto y objeto





están presentes. Por lo que debe existir un principio superior que concilie dicha multiplicidad y que haciéndolo sea la fuente de su nacimiento. Algo que será el Todo entre lo múltiple, que no es para sí y está presente en todas partes. Este principio será denominado por Plotino como lo Uno o Bien y él rebosará de Amor.

Plotino, una vez recobrada la consciencia y al volcarse a la reflexión se percata de un estado todavía inconsciente, más intenso, donde el Pensamiento divino y la Vida son su manifestación, es ella la experiencia del amor. Donde se presiente lo infinito, y trasciende toda forma contenida en el mundo de las Formas, y es el Bien absoluto, que rebosa de amor. El Amor es consecuencia del Bien absoluto, amamos lo Bello que se halla contenido en el Bien. En el mundo de las Formas radica la Belleza, pero de ella debe surgir algo que hace que amemos y no se encuentra en el mundo de las Formas. El amor proviene del Bien absoluto o Uno que da lugar a lo Bello.

La vida que da vida a las formas, lo que permite que la belleza sea lo inexpresable sujeto de admiración, es resultado de la Gracia. Lo indecible del Amor es la Gracia que se encuentra en cada cosa que la hace ser ella misma. “La gracia, nos dice, es euritmia, es decir, movimiento beneficioso” (Hadot, 2006, p. 80). La Gracia es para Plotino, lo que hace que el objeto sea sujeto al Amor. Es por lo que nos quedamos paralizados y perplejos del objeto o sujeto que nos trasciende cuando amamos. Lo que abarca al Amor y a la Gracia es la pisada del Bien.

La Gracia es lo que hilvana a la Belleza y el Amor. En el mundo de las Formas, la presencia de Vida y la Belleza que cada forma ante nuestros ojos contiene, ese Amor que presentimos es fruto de la Gracia y huella del Bien. Estamos rodeados de Bien, porque la presencia de la Gracia la encontramos en cada rincón en que, atentamente, posemos nuestra mirada. El Bien, a través de la Gracia, está ahí para todos, somos nosotros quienes lo ignoramos y no somos capaces de percatarnos del mundo divino que radica en nuestro interior y se refleja en el entorno.

Hadot señala que, a pesar de las similitudes sobre el amor platónico y el amor plotiniano, ambos son de contenido psicológico diferentes. En los textos platónicos, El banquete y Fedro, que abordan esta temática, está referido a la Belleza absoluta. El amor del amado por el amante. Es el amor platónico la turbación que experimenta el discípulo por el maestro. Es el reflejo de la Belleza que el maestro emana y no la forma misma. La forma pura de la Belleza en sí es captada por el amante cuando el amado lo dirige a ella, y lo alza hacia la contemplación.

Plotino distingue tres vías entre el amor humano y el amor del Bien por las que el Alma está sujeta a sobrepasar el mundo sensible hacia mundo trascendente. Cada tipo de amor corresponde a un tipo de sujeto específico. El artista que a través de su obra es transportado a la belleza espiritual. El amante, que, a través de la belleza carnal contemplada por el sujeto amado, descubre en ella la belleza ideal. El filósofo que no necesita de los cuerpos, ni del arte, porque lleva en sí toda la Belleza y a través del Intelecto es guiado hacia el Bien.

El Amor en Plotino no es de origen carnal, su esencia es mística, se torna hacia lo infinito y espera a que la Presencia se revele en el seno del Alma. “El estado más elevado del Alma es la pasividad total” (Hadot, 2006, p. 92). El amor plotiniano busca el reposo impasible, una vez que el Alma se ha elevado; solo es alterable este estado de quietud debido a las necesidades que reclama el cuerpo. El amor platónico y el amor plotiniano presentan diferencias. El primero, alcanza lo Bello

por medio del Intelecto, expande su productividad a favor de las ciencias y el beneficio de la sociedad. Es un tipo de amor que es transformado para ser actividad. Por otro lado, el amor plotiniano es pasividad del Alma, es quietud y simpleza, para la experiencia mística que da lugar a la revelación de la Presencia.

¿Qué propone Plotino para acceder al Bien? El Alma debe abandonar cualquier indicio de individualidad, su voluntad, sus deseos. Debe desnudarse de los ropajes que uno mismo le impone y de aquellos que el exterior le ha impuesto. Para el advenimiento del amor y su lugar en el Bien absoluto, el Alma debe estar preparada, en silencio, donde ni siquiera posea lo bueno o lo malo. Este estado del Alma es propio de los niños, cuando aún se mantienen puros, sin distinguir entre el bien o el mal, entre la noche y el día o cualquier dualidad.

“En cambio, la vida del Alma, la del Alma primera que subsigue a la Inteligencia, está más cerca de la realidad, y por la Inteligencia es boniforme esta Alma; mas poseerá el Bien, si mira hacia él. La Inteligencia, empero, subsigue al Bien. Por lo tanto, para el ser al que compete la vida, la vida es su bien; para el que tenga parte en la inteligencia, la inteligencia e su bien; en consecuencia, aquél al que compete vida con inteligencia, accede al Bien por doble título”(Plotino, Enéadas 1-2, p.302).

Esta forma de indeterminación que se evidencia en lo determinado, nos indica que: “la forma solo es la huella de lo sin forma. En efecto, lo que es sin forma engendra la forma” (Hadot, Plotino o la simplicidad de la mirada, p. 96). El Uno absoluto donde nada se halla aun determinado, pero no es el vacío o la ausencia de vida. El Alma al despojarse de toda forma y de la suya propia, es en sí misma el centro de todas las cosas. La unión del Alma con el Bien absoluto es de rasgo místico donde ya todo se halla en sí mismo y no se necesita de nada más, es un retorno a lo que fue desde su génesis, que es al mismo tiempo la causa de todas las cosas.

Se identifican dos modos de Espíritus diferentes, a saber: El Espíritu pensante y el Espíritu amante. El Espíritu antes de que el Intelecto engendrara las formas, estaba en contacto directo con el Bien, todavía no sabía de multiplicidades. El Espíritu amante es el primer estado del Espíritu antes de devenir en Espíritu pensante. El Espíritu pensante es el que engendra la dualidad, las diferencias entre el sujeto y el objeto, la multiplicidad contenida en cada forma.

El Alma, en su estado más puro, permanece en el Espíritu. Se vuelca hacia él y retorna a su origen que es al mismo tiempo el origen de todas las cosas. A través de la experiencia mística el Alma puede transitar hacia el Espíritu y rebasarlo hasta llegar al Bien donde es el estado extasiado del amor puro. De este modo el Bien es superior a lo Bello, el Bien no es Bien en sí mismo, sino Bien para todas las cosas, en cambio, lo Bello es Bello para sí, es un estado que nos provoca, en palabras de Plotino, terror, extravío, placer mezclado con dolor. Desde el prisma del Bien debemos cometer nuestros actos y pensamientos. Lo Bello que se aprecia en el Espíritu pensante, contenido en cada forma está en estrecha relación con el Bien del Espíritu amante que presenta una relación inmediata con lo Uno o Bien. “En definitiva, lo que amamos del Espíritu y las formas es el Bien” (Hadot, 2006, p. 104).

Cuando se ha trascendido al Espíritu y se está en contacto con el Bien, nos refiere Plotino que nos invadirá una luz interior donde ya no será posible distinguirla de la luz exterior, porque la



mirada interior y exterior serán la misma, porque estaremos irradiados de Bien. Esta luz siempre nos fue propia, la mirada luminosa sobre sí mismo en la contemplación, la serenidad, son para Plotino la vida espiritual. Si se ha alcanzado la unión mística, si se ha estado en el Todo, en el Bien, en lo Uno, si se ha experimentado fugazmente esta experiencia en la Presencia divina, ¿cómo es posible no permanecer en ella? Cuando se ha descendido al mundo sensible, cuando se ha retornado al razonamiento y la reflexión luego de haber permanecido allá arriba, entonces: ¿cómo se debe actuar aquí abajo?

La vida que debemos ejercer es una que nos sugestione a la contemplación, una vida simple, purificada, en que los problemas cotidianos no sean propósito de turbaciones para el Alma. La virtud, debe ser practicada para que en la contemplación constante podamos prepararnos para que la Presencia divina nos contenga. En Plotino existe una preocupación moral y una práctica filosófica que se encuentra en sincronidad con su sistema filosófico: quiere Plotino vivir de modo espiritual.

“Sin embargo, lo que nos muestra a Dios es la virtud cuando progresa hacia la perfección y se implanta en el Alma junto con la sabiduría: pues sin la virtud verdadera, el Dios del que hablamos no es más que un nombre” (Hadot, 2006, p. 116).

Una vez experimentada la metamorfosis, a que es sometido nuestro ser cuando traspasa los niveles del yo, y llega a sus últimos peldaños, lo Uno o Bien; resulta imposible seguir actuando como se estaba haciendo, ahora es primario proceder de forma virtuosa y en modo contemplativo. La vida que se limite al conocimiento, nunca estará completa. Se debe alternar entre praxis y teoría para lograr abarcar todos los grados posibles de la realidad. Una vida consagrada a la meditación será solamente abarcada desde el pensamiento. La verdadera práctica de la virtud se desempeña en el quehacer cotidiano, no vale con impartir teorías estériles que nos hablen de la virtud y que no nos enseñen ejercerla, la vida purificada, simple, libre de arrogancia es aquella que combate constantemente los males internos que empañan nuestro espejo interior.

Es la virtud quien engendra la contemplación. Y en su práctica se estará más cerca de Dios. La contemplación que se sirve de la práctica virtuosa eleva el Alma hacia el Espíritu y será una vida espiritual; la práctica y perfección de la virtud supondrá el alcance de la sabiduría. El fin de la virtud es la purificación del Alma para que pueda ser ascendida, y transportarse a los niveles discontinuos de la realidad divina, logrando mantenerse el mayor tiempo posible en el Bien.

La virtud plotiniana se encamina en torno a la búsqueda de Dios. Para Plotino existen dos tipos de virtudes: las virtudes sociales, aquellas que ejercemos en nuestra cotidianidad, las que moderan nuestras relaciones con los demás y se encuentran reflejadas en la práctica de la justicia, la templanza; y las virtudes purificadoras que, por encima de las sociales, se dirigen a Dios. La relación del Alma con el cuerpo se advierte en las virtudes sociales, donde padecemos, deseamos, tememos; mientras la virtud purificadora radica en nuestro interior, solamente le corresponde a nuestra Alma, donde a través de la contemplación divisa todo tipo de actividad con relación a lo divino.

Plotino rehúsa de las virtudes sociales, de todo acercamiento con la animalidad del ser

humano, quiere dirigir toda su atención a la contemplación y a la virtud purificadora. Los problemas de aquí abajo no son prestos a su atención. Su actividad se centra en establecerse por encima de sí mismo. Quiere abandonar la vida social para adentrarse a la vida espiritual. Ya la justicia no será según la justicia de los hombres, la templanza, la sabiduría serán divinas que evoquen hacia la contemplación de las realidades que residen en el Espíritu. “Por tanto la virtud plotiniana podría decir, al igual que la naturaleza: Nacida de una contemplación, amo la contemplación y contemplo” (Hadot, 2006, p. 123). Es la contemplación de Dios, de saber que contemplando el Bien deja su huella en la Naturaleza, que el Espíritu se halla en todas partes. Y el Alma contemplando ya no distinguirá la luz exterior de la naturaleza con la luz interior que irradia el Bien.

“Es que la vida es un bien para los que la poseen no en cuanto asociación, sino porque por la virtud se guarda uno del mal; pero la muerte es un bien mayor. O mejor, hay que decir que de suyo la vida misma en el cuerpo es un mal, pero que por la virtud el alma se sitúa en el bien porque no vive la vida del compuesto, sino que está ya separándose de él” (Plotino, Enéadas 1-2, p. 303-304).

La contemplación es la atención continua de lo divino, que no requiere esfuerzos ni grandes sacrificios, porque es una predisposición natural a la que estamos predispuestos. Es la simplicidad de la mirada, su metamorfosis interior.

## CONCLUSIONES

La filosofía plotiniana contenida en la obra de Pierre Hadot: “Plotino o la simplicidad de la mirada”, es de esencia mística y carácter espiritual. Hadot no se propone reproducir la filosofía de Plotino que encontramos en las “Enéadas” Para ello ya se han escrito varios textos de valioso contenido que resaltan el sistema filosófico plotiniano. Hadot trae a colación a Plotino, desnuda su obra y expone todo el proceder de las tres hipótesis plotinianas.

En el presente trabajo se ha develado el pensamiento filosófico de Plotino contenido en la obra de Pierre Hadot: Plotino o la simplicidad de la mirada. Hemos expuesto a Plotino desde Pierre Hadot, como maestro, director de consciencias, como sujeto que, desde la quietud, alcanza toda la riqueza contenida en el Universo. Conjugar a Plotino y a Hadot, implica vislumbrar los ejercicios espirituales, el modo de vida con que Plotino se proyecta. Desde la filosofía hadotiana, que tiene su fundamento en la praxis filosófica, se puede concebir a Plotino como hombre consagrado a lo infinito.



## BIBLIOGRAFÍA

- Alsina, J. (1989). El neoplatonismo. Síntesis del espiritualismo antiguo. Barcelona: Anthropos.
- Brehier, E. (1953). La filosofía de Plotino. Buenos Aires: Sudamericana.
- Copleston, F. (n.d.). Historia de la filosofía. Titivillus.
- Dopazo, A. (2015). Plotino. La odisea del alma entre la eternidad del tiempo. Titivillus.
- Hadot, P. (2004). Plotino o la simplicidad de la mirada. Barcelona: Alpha Decay.
- Hadot, P. (2006). Ejercicios espirituales y filosofía antigua. Madrid: Biblioteca de Ensayo Siruela.
- Hadot, P. (n.d.). La filosofía como forma de vida. Alpha Decay.
- Maynadé Mateos, .. P. (1929). Plotino. Su escuela iniciática y su filosofía. Barcelona: R. Maynadé.
- Plotino. (1982). Enéadas I - II. Madrid: Gredos.
- Plotino. (1982). Enéadas III - IV. Madrid: Gredos.
- Plotino. (1982). Enéadas V - VI. Madrid: Gredos.
- Porfirio. (1982). Vida de Plotino. Madrid: Gredos.
- Reyes, A. (1959). La filosofía helenística. México: Fondo de Cultura Económica.